

CAUSAS DE LA INDIGNACIÓN: EVALUACIÓN DEL MALESTAR SOCIAL**Valentí Puig. Escritor**

Debo decir que no soy ni economista, ni sociólogo ni historiador, simplemente un observador que siente la curiosidad y deber de intentar la comprensión de lo que pasa. Eso es lo que he intentado hacer en algunos libros y en muchos artículos.

Me van a permitir que más que incidir en la descripción de la indignación y el malestar social, me refiera a un estado general de la sociedad en que la crisis todavía da coletazos y la post-crisis es un horizonte aún incierto. El malestar social es causa y efecto a la vez. A mi entender es uno de los rasgos de lo que puede considerarse un cambio de época. Ya no hay tiempo para hablar del “shock” del futuro porque el “shock” es el presente.

El paro será un rasgo de la nueva época, una fractura permanente, económica, generacional y de alcance político. Los psicólogos dicen que la pérdida del puesto de trabajo lleva al individuo a una espiral que le des-socializa y desconecta de la comunidad. Como dato positivo en España, ante la crisis de 2008, la familia, y los abuelos concretamente, ha sido un amortiguador excepcional. De todos modos, es difícil atajar las pérdidas de autoestima que acaban confluyendo en el malestar. El paro prolongado afecta a las relaciones padre e hijo. Pasa, en el mejor de los casos, a ser una familia dependiente del subsidio. Puede afectar al comportamiento escolar de los hijos. Y pasada la cincuentena, el parado pierde las esperanzas de reintegrarse. Más allá del subsidio, existe la necesidad vital de tener un trabajo para confiar en uno mismo ganándose la vida, sacando la familia adelante y sintiéndose parte de una colectividad. Sin duda, el paro de larga duración genera dependencia.

Vemos también que los valores de los padres ya no se transmiten a los hijos. Todo cambia demasiado rápido. Las nuevas generaciones son muy frágiles por haber sido sobreprotegidas y verse ante una crisis grave. El modelo paterno se debilita. Baja natalidad y mayor expectativa de vida en casi toda Europa van a alterar el contrato inter-generacional que es el Estado de Bienestar. Las nuevas generaciones habrán de pagar un coste más elevado. Necesitamos lealtades y pertenencias pero nuestra sociedad de cada vez está más desvinculada. Entre el individuo y el Estado la única garantía de pertenencia y cohesión es la familia.

Como “mantra” de estos tiempos, están las desigualdades. Lo prueba el éxito de un libro como “El capital en el siglo XXI” de Thomas Piketty. No es infalible. Los diagnósticos varían y las previsiones. De una parte, nuevas desigualdades en las sociedades avanzadas, con sectores sociales precarizados, y por otra cientos de millones de chinos superando el umbral de la pobreza. ¿Puede la tecnología igualar, contribuir a una riqueza más nivelada? ¿O es al contrario? Para otros, la humanidad, a pesar de todo, nunca había vivido en mejores condiciones que ahora. En África, el continente perdido, pasar de no tener teléfono a tener un móvil influye en el crecimiento y la mejora educativa. En general, hay margen en la equidistancia entre el optimismo del crecimiento y el fatalismo. Como sea, las políticas económicas tienen el deber de paliar el malestar social, y para esas políticas no existe un consenso pleno.

El malestar social acabó emergiendo políticamente. Dada la incertidumbre económica y la desconfianza institucional, los mandatos electorales padecen. El impacto de la corrupción en la vida moral de España puede ser profundo. También influyen la noticia que llega sin rigor a la pantalla del móvil, el desgaste de los políticos, la globalización informativa, la digitalización de la opinión y cien factores más. Todo está tan interconectado que la aceleración de los tiempos políticos asombra. Votamos y nos hacemos un “selfie”. Somos más narcisistas que solidarios. Vivimos sin cohesión, en un bucle angustioso y muy erosivo para la presencia de las personas en la vida pública.

Nos abruma la proliferación de imprevistos, la aceleración de procesos y una economía especulativa que pone en circulación productos tóxicos. Hacen falta líderes sensatos para tiempos de vértigo. El ciudadano quiere vivir en una sociedad honesta y justa. Para el cristiano, participar en la vida pública es -desde mi

punto de vista- capital. Los valores cristianos no tienen hoy la misma capacidad política que tuvieron en otros tiempos. Y la política del pragmatismo de hoy para mañana no representa esos valores. Por tanto, el terreno es la opinión pública, competir en la plaza pública con otras concepciones del mundo. Principios como la economía social de mercado no son lo mismo que el capitalismo de casino.

¿No creen que esos son elementos de un cambio de época? La prueba es que no sabemos qué está pasando, por qué y cómo, y por tanto mucho menos lo que va a pasar. Eso es: un cambio de época se produce cuando no sabemos qué se está produciendo hasta que, de modo repentino o gradual, lo constatamos. Es un cambio de paradigma, como fueron la revolución industrial o el fin de la guerra fría. No estaba previsto, ni estaban claras las respuestas. ¿Cambio de época? Tal vez sea otro lenguaje, una sintaxis y una semántica. Vamos a usar otro lenguaje. ¿Tiene hoy el lenguaje al uso sentido de los valores? Me temo que no. Es más, va perdiendo sentido continuamente mientras los chinos están construyendo casas con las impresoras 3D, el orden mundial parece en suspenso, la crisis de la familia ha llegado a un punto límite, Europa envejece y África crece rápidamente. La globalización ha detonado un retorno a las identidades. ¿Quién puede llenar el vacío que dejan las clases medias? Con Trump ha aparecido lo que algunos llaman política de la post-verdad, en el sentido de que se puede mentir tanto que resulta como afirmar la existencia de los OVNIS. Los seguidores de buena fe de la post-verdad de Trump provienen de un malestar social y se aferran a quien les simplifique todo y ofrezca soluciones, como hacen los populismos, que racionalmente son imposibles.

Europa está pasando por una fase de pánico. A derecha e izquierda, los populismos lo ven facilísimo porque sus fórmulas son las de una época que ya ha transcurrido. Tiene lógica que el malestar social lleve a poner en duda un sistema democrático que, por su propia naturaleza y evolución, se auto-propone reformas pero no tiene sustitutos posibles, por ahora. Lo complementa un individualismo basado en la auto-gratificación que poco tiene que ver con el individualismo cuyo fundamento era la responsabilidad.

Pero ¿es el anti-sistema la respuesta a la indignación? Ha dado voz a la indignación, pero ¿ofrece soluciones practicables? ¿Se basa en modelos avalados por una experiencia positiva? Si miramos para atrás, el anti-sistema caduca mucho antes que el sistema. Para bien, obliga al sistema a reformarse pero no lo suplanta. Así se fue perfilando la Europa comunitaria, por consenso entre socialdemócratas y democristianos, garantizando el Estado de Bienestar. La crisis de 2008 ha generado descontentos legítimos que han dado votos -muchos- a los populismos, pero en ningún caso yendo más allá de de pulsión de protesta porque la alternativa populista históricamente no aporta soluciones. Desemboca en más frustración.

¿Queda un margen para la confianza y para que las nuevas generaciones participen en una vida pública decente y de juego limpio? Por suerte vivimos en sociedades plurales. Consensuamos formas de convivencia. Buscamos salidas al malestar social. Equilibramos mayorías y minorías. A diferencia del Islam, hace siglos que en Occidente rige la separación entre la Iglesia y el Estado. Podemos estar mejor informados que un ciudadano de cualquier otro tiempo. Y en democracia nunca conseguimos todo lo que queremos. Negociamos. Deliberamos. Somos sociedades con fracturas y divisiones pero la política nos permite convivir sin violencia. ¿Entraremos en una etapa más animosa? Quizás serviría una política de razón razonable y de cultura cristiana frente a un relativismo que también contribuye a la insatisfacción y el malestar social.

En Europa, otro elemento de malestar social es la inmigración. Ha cambiado el mapa político en no pocos países. En España hasta ahora, solo ha habido algunas candidaturas anti-inmigración en elecciones municipales pero no puede descartarse un efecto de generalización mimética. La Unión Europea tarda a la hora de instrumentar una política conjunta y justa de inmigración pero es cierto que las arcas de la ciudadanía europea contribuyen de forma notable al mantenimiento de campos de refugiados. No ignoremos que el negocio del tráfico de inmigrantes ya es más rentable que el tráfico de drogas. Harían falta políticas disuasorias. Maticemos que el inmigrante que parte de su país para tener un trabajo y mejor situación económica no es lo mismo que quien -en virtud de los tratados internacionales- solicita asilo para

obtener el “status” de refugiado porque su país está en guerra. Un tema muy espinoso es la escasa voluntad de integración del inmigrante por lo general de procedencia musulmana que suele adoctrinarse en las mezquitas salafistas. Sumemos los ataques del Estado Islámico y la persecución permanente de los cristianos en Oriente Medio. Algo terrible está sucediendo cuando unos jóvenes franceses de origen musulmán entran en la iglesia de una población normada y degüellan al mismo sacerdote que facilitó espacios para el culto islámico. Frente a eso, las respuestas emocionales son naturales pero también fugaces. Llevamos flores y velas al lugar del atentado. Nos indignamos. Pero no actuamos con respuestas racionales y concertadas.

Me atrevo a añadir un factor que a veces se deja al margen al diagnosticar las causas y efectos del malestar social: la pasividad del “homovideos” que no espera un análisis de nuestra complejidad sino simplificación y telebasura, la más cruda confesión íntima, la invasión impune de la intimidad ajena. Esta televisión fragmenta y desvincula. Quizás esa fase de telebasura, en apariencia interminable, acabe siendo algo efímero y vayamos a un estadio audiovisual de más calidad pero, en estos momentos, el “reality-show” genera reacciones emocionalistas y por tanto, no racionales. ¿Hasta qué punto en el malestar de la indignación, el emocionalismo cuenta más que la racionalidad? El telediario nos da la imagen trágica de un niño ahogado al intentar huir de la guerra de Siria. Es la imagen del día, la imprescindible, pero ¿qué huella dejará si la noticia no va acompañada de un análisis de lo que ocurre en Oriente Medio, el enfrentamiento entre suníes y chiítas o la evolución de Turquía? Al referirse a los riesgos de la televisión, Juan Pablo II se preguntaba si puede concebirse que un campo tan delicado permanezca desprovisto de reglas y de equilibradas orientaciones éticas y morales. Los canales de televisión –decía- administrados por la industria televisiva pública y privada son un instrumento público al servicio del bien común. Según Giovanni Sartori, la televisión produce imágenes y anula conceptos. No explica con rigor la realidad de nuestro malestar. Perdemos capacidad para saber lo que nos pasa. ¿Somos así, solamente eso? Ante el malestar social y la perturbación moral, la pregunta sigue siendo cuál es el marco ético de las sociedades abiertas y como deben actuar los católicos para influir en la nueva época.